

CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.

2	3	1	4	5	6	4	7	8
1	9	2	10	8	■	11	4	7
8	12	10	4	■	13	8	5	8
5	9	12	10	14	10	■	4	10
8	10	2	■	5	2	15	10	8
11	4	16	8	■	17	4	■	3
14	■	4	13	10	2	5	■	8
1 C	2 E	■	10	8	3	4	7	■
8	5	6	4	3	■	10	8	5

SOLUCION JUEVES

C	R	E	C	E	R	■	P	A	P	A
L	O	R	O	S	■	C	A	L	L	E
A	M	O	S	■	P	E	R	D	E	R
R	A	T	E	R	O	■	T	O	N	O
I	■	I	R	A	N	■	E	■	O	N
D	I	C	E	■	D	O	N	O	S	A
A	M	O	■	P	E	R	■	S	■	V
D	A	■	A	R	R	E	M	E	T	E
■	N	O	R	I	A	■	A	R	O	■
C	A	S	A	S	■	A	T	A	C	A
A	R	E	N	A	L	■	A	S	A	R

ENCUENTRO EN EL VESTIBULO
Página/2/3



ARQUERO

(*Por Vicente Verdú*) Llevé a un hijo mío hasta un polideportivo donde jugaba al fulbito y me puse a leer el periódico mientras empezaba el partido. Todos los domingos por la mañana suelo hacer lo mismo.

Mi hijo segundo tiene 10 años y juega de arquero. Aprecia que lo acompañe, y yo, por mi parte, me siento afectuosamente útil. Creo que el amor de un padre debe ser ante todo eficaz. En este caso, acompañarle constituye esa clase de signos que dejan marca y consecuentemente se pueden considerar productivos.

Es interesante cómo se comporta mi hijo en estas mañanas de los domingos. Cambia, ante todo, su fragilidad de los demás días y la transforma en una compostura recia y responsable. Sube al coche e inmediatamente fija los términos de una comunicación en la que nos rendiremos cuentas como amigos. Tengo, por tanto, que poner mucha atención para no desentonar. Da, por ejemplo, como supuesto que estamos asociados y no importa a estos efectos que él sea quien juegue y yo sólo sea el padre. El partido que se va a disputar es una misión que abordamos como miembros de una sola tripulación o como cómplices de un asalto. Tanto las consignas que les ha transmitido el entrenador, la categoria del otro equipo o el examen de sí mismo como arquero, entre cuyo contenido invariablemente se incluyen sus temores a perder el puesto, ocupan el trayecto. Charlamos así hacia el polideportivo y después, de regreso a casa, con una prestancia que no se repetirá hasta siete días más tarde.

Bien, así era hasta aquel domingo en el que, como todos los demás, me puse a hojear el periódico mientras los chicos se preparaban. Cerca de mí se situaron dos hombres que se acodaron en la barandilla de la pista. Uno de ellos con traje beige y el otro con un abrigo azul marino. La mañana era apacible y clara, de manera que aunque no levantaban la voz se les oía nítidamente. De repente advertí que habían dicho algo sobre mi hijo. Uno de ellos, el del abrigo, había comentado que lo peor de aquel equipo era el arquero. "Ese chico es una calamidad. Saca donde menos te lo esperas. Parece ciego." El hecho es que yo tenía el periódico entre las manos; ellos estaban a dos metros y yo no sabía cómo reaccionar. Es seguro que a un abundante número de personas se les ocurren cosas variadas y muy oportunas para decir o hacer en estas circunstancias, pero no era mi caso. Quedé paralizado.

Me quedé paralizado notando que pasaban los segundos y adivinando que a medida que pasaran otros segundos más sería ya definitivamente imposible decir o hacer nada. Seguí con los ojos quietos sobre el periódico hasta que efectivamente ya no se podía decir o hacer. Me había invadido esa salobre aspereza que acompaña a la confirmación de lo peor; deseaba con todas mis fuerzas recobrar la salud, no haber oído aquello. Pero estaba pronunciado y oído. Entendí, por tanto, la imperiosa urgencia con que los ofendidos suelen conminar al agresor para que "se trague" sus palabras. La única venganza posible en tales agravios es la que finge hundir las palabras injuriosas hasta más abajo del nivel de donde partieron. Enterrarlas. Hacerlas perecer.

En comparación, yo no había movido un dedo.

Y no se acababa ahí. El tipo del abrigo azul y su acompañante estaban tan cerca de mí cuando dijeron *aquello* que me reconocerían tan pronto fuera a colocarme detrás del arco de mi hijo. Recordarían que le habían despreciado en mi presencia y yo no había movido un dedo. ¿Cómo habrían de juzgar eso? ¿Era yo la clase de pusilánime incapaz de defender a un hijo? ¿Me tomarían por un infame? ¿O considerarían, por el contrario, que el asunto carecía de importancia y yo había actuado delicadamente? ¿Se arrepentirían entonces y con ello recibirían su merecido? No estaba seguro. Me sentía un infame. Era tan infame, por ejemplo, que sólo especulaba sobre mi propia reputación. Aquello empezaba a no tener ninguna gracia. Ni poca ni mucha. Estaba perdiendo el sentido de las cosas. Era evidente que estaba enredándome, amargándome y desmoronándome por algo demasiado trivial. ¿Demasiado trivial? ¿Cómo podía afirmarlo? Bien patente era que para mi tranquilidad. lo mejor sería restar valor al suceso. Perfecto. Pero obrando así ¿cómo evitar la sensación de que prolongaba y doblaba mi cobardía? Si pretendía sosegarme, el procedimiento recomendable pasaba por dejarlo estar, desdramatizar; y, todavía mejor, lo ideal sería procurar librarme de todo compromiso con el papel de mi hijo. Así afluía la serenidad enseguida. ¿Se trataba de que era malo como arquero? Bien, ¿en qué me afectaba eso? Era muy difícil, en sentido estricto, sostener que lo habían insultado. Se referían a mi hijo, pero todo aficionado sabe la disposición con la que se califica a los jugadores. Protestaban porque el arquero no fuera tan bueno como ellos deseaban y tenían derecho a protestar. También mi hijo y yo estábamos de acuerdo en que no era un arquero extraordinario y querríamos que lo fuera. ¿Cómo explicar, pues que yo sintiera tanto pesar y me culpabilizara por no haberlo defendido? Le habían llamado "ciego". ¿Hasta qué punto un padre aguanta esto? ¿Quería a mi hijo o en realidad no le quería? Me encontraba bastante aturdido. Destrozado. ¿Bastante aturdido, destrozado? Era un miserable. Debía haberles contestado algo, haberles partido la cara. Me aparté de allí sin saber adónde iba, denigrado. Vi entonces a mi hijo salir a la pista y ponerse bajo el arco. Lo vi confiado y feliz. Pensé que éramos un par de desgraciados. Después de eso me relajé.



ENCUENTRO EN EL VESTIBULO



Menos conocido que Günther Grass o que Peter Handke, el alemán Hans Erich Nossak acostumbra escribir historias en las que mezcla a Kafka con la novela policial, al romanticismo con la desolación. "Encuentro en el vestíbulo" es, por cierto, una historia de amor bien particular.

Por Hans Erich Nossak

La declaración de amor más monstruosa de la que haya oído hablar es por cierto la que mi amigo E. le hizo a una dama desconocida. Me encontraba allí por casualidad. No podría decir si la dama entendió en realidad que se trataba de una declaración amorosa. Evidentemente, no lo conocía y toda persona que no conoza a E. tomará fácilmente sus palabras por la cantinela altisonante de un borracho. Pero no estábamos ebrios, ni él ni yo. A lo sumo habíamos bebido tres copitas de guindado. Después sí nos embriagamos un poco, pero hubiera ocurrido de todos modos.

Sin embargo, supongo que la dama lo entendió bien. La situación era trágicamente terminante. En sí, E. hubiera podido salir con una de sus bromas habituales y si a pesar de todo se expresó con frases tan atrevidas, no debió confiar demasiado en la dama.

La discreción me impide revelar quién es E.; ni siquiera la inicial es la de su verdadero nombre, por lo tanto, más vale no devanarse los sesos en ese sentido. Tan sólo diré de él lo siguiente: es un hombre bastante popular, si por tal entendemos que los periódicos consideran necesario informar sobre él de vez en cuando y los lectores se sienten con el derecho de considerar sus actos y sus obras como los de un buen pariente. Esto significa bastante poco, en verdad. Por cierto el parentesco es la relación menos adecuada para juzgar a otro. De antemano, uno se acerca a él sin poner distancias y no le concede siquiera la libertad de ser distinto del que queremos. En lo que a mí respecta, me jacto de ser amigo de E., ya que he descubierto que en más de una ocasión estoy más preocupado por él que por mi propia persona. Esta me parece una escala muy buena para medir la amistad. Pero es posible que haya otros patrones para medirla. Desde luego, nunca le dije nada de esto. El me habría preguntado estupefacto:

—¿Preocupado por mí? ¿Por qué?

De todos modos yo podría morir antes que él, y entonces nadie se enteraría jamás de este singular homenaje. La dama, si por casualidad recordara aún el episodio, no hablaría sobre él y en cuanto a E., estoy convencido de que a los pocos minutos ya había olvidado sus palabras. Todo paso futuro parecía interesarle más que el paso dado: es una de sus peculiaridades, no siempre fáciles de soportar. En este caso, cuando se produjo el encuentro también aparecieron, en cierto modo, todas las posibles estaciones intermedias del proceso, como si ya no importaran. En nombre de una perentoriedad imposible, si es que se me permite semejante expresión. Aquello ocurrió con la rapidez del rayo y trató de arrastrar también a otra persona. Una experiencia de riesgo vital, pues luego subsiste un vacío sensible y muy pocos son los que están dispuestos a soportarlo. La mayoría de las personas, sobre todo las mujeres, necesitan un pasado, por pequeño que sea, en el que puedan apoyarse. No es de extrañar, pues, que en seguida pensara con cierto recelo en la dama que E. había dejado plantada.

Todo ocurrió una noche en la *Taberna del puerto*, un bodegón que no tiene nada que ver con el puerto, salvo sus murales: vapores, remolcadores, amarras, dos gaviotas y una pareja bajo un farol, algo así como lo que suelen imaginar los pintores de decorados cuando se trata de un puerto. Era suficiente para una ciudad que no está situada junto al mar ni junto a un río. Una taberna nueva habilitada en un sótano, nada más. Desde la calle es preciso descender dieciocho escalones que parecen un despeñadero. Sí, los conté, pues ese descenso interminable me sorprendía. Creo que en el piso superior funciona un salón de baile o un cine, de allí tal profundidad extraordinaria. Abajo uno se siente protegido, al menos así lo sienten quienes no pueden sentirse como en su casa en la atmósfera ficticia de un bar ubicado al nivel de la calle. En la taberna reina una agradable semipenumbra que hace bien a la vista. Allá abajo tampoco falta el inevitable acordeonista —que forma parte del concepto de "puerto"— y si se lo alienta con una propina suele tocar *Estuve en Hamburgo*, pero a pesar del ruido o precisamente por eso —los viernes el estruendo es especialmente intenso debido a que es día de paga— es posible beber allí aguardiente y comer una salchicha sin ser molestado. La tabernera, ubicada detrás del mostrador, es una mujer robusta. Siempre tiene a mano un garrote, pero no es necesario enfadarse con ella. A veces suele haber trifulcas. ¿Por qué no?

Acordé con E. encontrarnos allí. Los dos estábamos de pésimo humor. Habíamos pasado toda la tarde en una asamblea. Ya sabemos lo que eso significa para nosotros y lo que suele surgir de ellas. Durante horas enteras se habla de cosas que podrían resolverse en un sí o un no. Todos quieren hacer oír su voz alguna vez y lo que un momento antes era perfectamente claro, se nos vuelve luego dudoso. Y está prohibido escapar antes de hora: se nos impone nuestra presencia como en una disposición testamentaria que de ninguna manera teníamos pensado emitir. Ya había caído mal que E. me susurrara durante la sesión que debíamos ir en cuanto pudiéramos a la *Taberna del puerto*, para volver a sentirnos bien. Todos pensaron que formábamos parte de la oposición, y que estábamos tramando un complot.

Me quedaba aún una cosa por resolver. Cuando entré a la taberna, E. estaba sentado junto a la columna con dos jóvenes oficiales de albañil. El recinto estaba bastante concurrido y no quedaban mesas vacías. E. me explicó el motivo. Los dos albañiles llevaban martillos en los cinturones, más como adorno que por otra cosa a juzgar por los mangos: los martillos apenas tenían uso. Los muchachos aferraban los mangos jugueteando y no sin orgullo para dejar que se deslizaran por sus caderas mientras mencionaban algo sobre un "martillo de oro". E. demostró interés. Adivinaba tras la expresión una costumbre antigua. Los dos muchachos intercambiaron una mirada y no dijeron palabra. Afirmaban haber prestado un juramento y que si decían algo atraerían la desgracia. Finalmente E. abandonó el intento y les pagó la cerveza. Uno de ellos se parecía extraordinariamente a Nana von Feuerbach, mientras que el otro parecía un joven Raskolnikoff. Se lo comenté a E., que hizo una mueca. No le gustan tales comparaciones y tiene razón. Suena más o menos como cuando uno dice de un paisaje que casi iguala en esplendor y belleza al de una película reciente.

No sabría precisar de qué hubiéramos podido hablar. Seguramente habríamos discutido, lo cual habría sido una tontería. Después de todo, nuestra intención era reponernos de la asamblea. Pero, naturalmente, no se descarta que a uno u otro se le escapara por descuido una palabra sensata, como suele ocurrir. ¿Dónde iríamos a parar, si pretendiéramos tomar esto en serio? Sólo lo menciono porque más tarde se hizo alguna referencia a lo que estábamos diciendo, pero no se aclaró de qué se trataba. El hecho no llegó a trascender. Sin embargo, no teníamos la menor noción de que nos escuchaban desde una mesa cercana.

Al cabo de un buen rato tuvimos que salir apremiados por una necesidad. Con el fin de aliviarla nos fue necesario cruzar la ventosa entrada de la taberna y luego pasar por un lúgubre sótano abovedado, lleno de cachivaches, para llegar a tientas a una puerta que ostentaba la leyenda: "caballeros". Pero de todo esto sólo importa le entrada en la que desemboca la escalera que baja de la calle. Es un recinto bastante amplio, elevado, cuadrangular y tiene piso de piedra y paredes blanqueadas. Está completamente pelado. Por añadidura, la iluminación es excesiva. Allí la claridad es cien veces más intensa que en la taberna de luz amortiguada. En verdad, la desnuda claridad lastima y además no sé para qué sirve ese vestíbulo.

Al salir de la oscuridad de la bóveda y volver a aquel recinto, una dama avanzó hacia nosotros a través de la puerta abierta de la taberna.

Lamentablemente, hay aquí una pequeña laguna en mi informe: no logro describir con exactitud a la dama. En aquel momento ni la miré siquiera y cuando más tarde quise evocarla, era demasiado tarde. Supongamos que andaba por los treinta. ¿Quién puede evaluar la edad con seguridad a tan avanzada hora de la noche y con una claridad irreal? Además, una iluminación así es muy cruel con las mujeres. Un vago recuerdo me dice que se le veían unas cuantas pecas y que los ojos eran por cierto muy grandes y algo rasgados. ¿Los ojos? ¿No era más bien la mirada? ¿Y no habrá entornado los ojos porque la cegaba la luz? Todo esto ya es mucho más de lo que podría jurar ante un tribunal. ¿Y tiene alguna importancia? Sólo que si la he llamado una dama sin pensarlo es porque así lo considero. ¡Dios me libre de tener que dar una definición del concepto "dama"! Es algo que se advierte en un matiz indefinido, en la vestimenta, en el andar, en el acento o en cualquier otra cosa y con eso basta. Como ya dije, entra en el campo de lo posible encontrar alguna vez una dama en la *Taberna del puerto*, si bien no muy a menudo. Lamentablemente, son pocas las damas que pueden exhibirse en ese sitio sin entregar algo de sí. Pero todo esto es terriblemente intrascendente, como veremos en seguida.

Se dirigió a nosotros directamente. Nos habríamos embestido en el centro del vestíbulo. Por lo tanto, una de las partes tuvo que desviarse. Su vacilación fue apenas perceptible y E. también titubeó cuando la vio avanzar hacia él con la decisión propia de una niña. Luego nos detuvimos los tres. Miró a E. y sin preámbulos, más aún, sin la acostumbrada sonrisa, algo falsa, con la que las mujeres piden indulgencia cuando se dirigen a un desconocido, le habló con toda naturalidad, con una gravedad cautivante:

—Hace un momento los estuve escuchando —y al cabo de un brevísimo instante, como si hubiera meditado todo por última vez y sin apartar de mi amigo la mirada o pestañear siquiera, agregó—: Tú me gustas.

De inmediato me separé del grupo y seguí solo mi camino. Era por cierto lo mínimo que me exigía mi sentido de prudencia. ¿Después de esas palabras hubiera podido acaso quedarme allí como un holgazán? Sin em-

Por Hans Erich Nossak

ENCUENTRO EN EL VESTIBULO

Menos conocido que Günther Grass o que Peter Handke, el alemán Hans Erich Nossak acostumbra escribir historias en las que mezcla a Kafka con la novela policial, al romanticismo con la desolación. "Encuentro en el vestíbulo" es, por cierto, una historia de amor bien particular.



La declaración de amor más monstruosa de la que haya oído hablar es por cierto la que mi amigo E. le hizo a una dama desconocida. Me encontraba allí por casualidad. No podría decir si la dama entendió en realidad que se trataba de una declaración amorosa. Evidentemente, no lo conocía y toda persona que no conozca a E. tomará fácilmente sus palabras por la cantinela altisonante de un borracho. Pero no estábamos ebrios, ni él ni yo. A lo sumo habíamos bebido tres copitas de guindado. Después sí nos embriagamos un poco, pero hubiera ocurrido de todos modos.

Sin embargo, supongo que la dama lo entendió bien. La situación era trágicamente terminante. En sí, E. hubiera podido salir con una de sus bromas habituales y si a pesar de todo se expresó con frases tan atrevidas, no debió confiar demasiado en la dama.

La discreción me impide revelar quién es E.; ni siquiera la inicial es la de su verdadero nombre, por lo tanto, más vale no devanarse los sesos en ese sentido. Tan sólo diré de él lo siguiente: es un hombre bastante popular, si por tal entendemos que los periódicos consideran necesario informar sobre él de vez en cuando y los lectores se sienten con el derecho de considerar sus actos y sus obras como los de un buen pariente. Esto significa bastante poco, en verdad. Por cierto el parentesco es la relación menos adecuada para juzgar a otro. De antemano, uno se acerca a él sin poner distancias y no le concede siquiera la libertad de ser distinto del que queremos. En lo que a mí respecta, me jacto de ser amigo de E., ya que he descubierto que en más de una ocasión estoy más preocupado por él que por mi propia persona. Esta me parece una escala muy buena para medir la amistad. Pero es posible que haya otros patrones para medirla. Desde luego, nunca le dije nada de esto. El me habría preguntado estupefacto:

—¿Preocupado por mí? ¿Por qué?

De todos modos yo podría morir antes que él, y entonces nadie se enteraría jamás de este singular homenaje. La dama, si por casualidad recordara aún el episodio, no hablaría sobre él y en cuanto a E., estoy convencido de que a los pocos minutos ya había olvidado sus palabras. Todo paso futuro parecía interesarle más que el paso dado: es una de sus peculiaridades, no siempre fáciles de soportar. En este caso, cuando se produjo el encuentro también aparecieron, en cierto modo, todas las posibles estaciones intermedias del proceso, como si ya no importaran. En nombre de una perentoriedad imposible, si es que se me permite semejante expresión. Aquello ocurrió con la rapidez del rayo y trató de arrastrar también a otra persona. Una experiencia de riesgo vital, pues luego subsiste un vacío sensible y muy pocos son los que están dispuestos a soportarlo. La mayoría de las personas, sobre todo las mujeres, necesitan un pasado, por pequeño que sea, en el que puedan apoyarse. No es de extrañar, pues, que en seguida pensara con cierto recelo en la dama que E. había dejado plantada.

Todo ocurrió una noche en la *Taberna del puerto*, un bodegón que no tiene nada que ver con el puerto, salvo sus murales: vapores, remolcadores, amarras, dos gaviotas y una pareja bajo un farol, algo así como lo que suelen imaginar los pintores de decorados cuando se trata de un puerto. Era suficiente para una ciudad que no está situada junto al mar ni junto a un río. Una taberna nueva habilitada en un sótano, nada más. Desde la calle es preciso descender dieciocho escalones que parecen un despeñadero. Sí, los conté, pues ese descenso interminable me sorprendía. Creo que en el piso superior funciona un salón de baile o un cine, de allí tal profundidad extraordinaria. Abajo uno se siente protegido, al menos así lo sienten quienes no pueden sentirse como en su casa en la atmósfera ficticia de un bar ubicado al nivel de la calle. En la taberna reina una agradable semipenumbra que hace bien a la vista. Allá abajo tampoco falta el inevitable acordeonista —que forma parte del concepto de "puerto"— y si se lo alienta con una propina suele tocar *Estuve en Hamburgo*, pero a pesar del ruido o precisamente por eso —los viernes el estruendo es especialmente intenso debido a que es día de paga— es posible beber allí aguardiente y comer una salchicha sin ser molestado. La tabernera, ubicada detrás del mostrador, es una mujer robusta. Siempre tiene a mano un garrote, pero no es necesario enfadarse con ella. A veces suele haber trifulcas. ¿Por qué no?

Acordé con E. encontrarnos allí. Los dos estábamos de pésimo humor. Habíamos pasado toda la tarde en una asamblea. Ya sabemos lo que eso significa para nosotros y lo que suele surgir de ellas. Durante horas enteras se habla de cosas que podrían resolverse en un sí o un no. Todos quieren hacer oír su voz alguna vez y lo que un momento antes era perfectamente claro, se nos vuelve luego dudoso. Y está prohibido escapar antes de hora: se nos impone nuestra presencia como en una disposición testamentaria que de ninguna manera teníamos pensado emitir. Ya había caído mal que E. me susurrara durante la sesión que debíamos ir en cuanto pudiéramos a la *Taberna del puerto*, para volver a sentirnos bien. Todos pensaron que formábamos parte de la oposición, y que estábamos tramando un complot.

Me quedaba aún una cosa por resolver. Cuando entré a la taberna, E. estaba sentado junto a la columna con dos jóvenes oficiales de albañil. El recinto estaba bastante concurrido y no quedaban mesas vacías. E. me explicó el motivo. Los dos albañiles llevaban martillos en los cinturones, más como adorno que por otra cosa a juzgar por los mangos: los martillos apenas tenían uso. Los muchachos aferraban los mangos jugueteando y no sin orgullo para dejar que se deslizaran por sus caderas mientras mencionaban algo sobre un "martillo de oro". E. demostró interés. Adivinaba tras la expresión una costumbre antigua. Los dos muchachos intercambiaron una mirada y no dijeron palabra. Afirmaban haber prestado un juramento y que si decían algo atraerían la desgracia. Finalmente E. abandonó el intento y les pagó la cerveza. Uno de ellos se parecía extraordinariamente a Nana von Feuerbach, mientras que el otro parecía un joven Raskolnikoff. Se lo comenté a E., que hizo una mueca. No le gustan tales comparaciones y tiene razón. Suena más o menos como cuando uno dice de un paisaje que casi iguala en esplendor y belleza al de una película reciente.

No sabría precisar de qué hubiéramos podido hablar. Seguramente habríamos discutido, lo cual habría sido una tontería. Después de todo, nuestra intención era reponernos de la asamblea. Pero, naturalmente, no se descarta que a uno u otro se le escapara por descuido una palabra sensata, como suele ocurrir. ¿Dónde iríamos a parar, si pretendiéramos tomar esto en serio? Sólo lo menciono porque más tarde se hizo alguna referencia a lo que estábamos diciendo, pero no se aclaró de qué se trataba. El hecho no llegó a trascender. Sin embargo, no teníamos la menor noción de que nos escuchaban desde una mesa cercana.

Al cabo de un buen rato tuvimos que salir apremiados por una necesidad. Con el fin de aliviarla nos fue necesario cruzar la ventosa entrada de la taberna y luego pasar por un lúgubre sótano abovedado, lleno de cachivaches, para llegar a tientas a una puerta que ostentaba la leyenda: "caballeros". Pero de todo esto sólo importa le entrada en la que desemboca la escalera que baja de la calle. Es un recinto bastante amplio, elevado, cuadrangular y tiene piso de piedra y paredes blanqueadas. Está completamente pelado. Por añadidura, la iluminación es excesiva. Allí la claridad es cien veces más intensa que en la taberna de luz amortiguada. En verdad, la desnuda claridad lastima y además no sé para qué sirve ese vestíbulo.

Al salir de la oscuridad de la bóveda y volver a aquel recinto, una dama avanzó hacia nosotros a través de la puerta abierta de la taberna.

Lamentablemente, hay aquí una pequeña laguna en mi informe: no logro describir con exactitud a la dama. En aquel momento ni la miré siquiera y cuando más tarde quise evocarla, era demasiado tarde. Supongamos que andaba por los treinta. ¿Quién puede evaluar la edad con seguridad a tan avanzada hora de la noche y con una claridad irreal? Además, una iluminación así es muy cruel con las mujeres. Un vago recuerdo me dice que se le veían unas cuantas pecas y que los ojos eran por cierto muy grandes y algo rasgados. ¿Los ojos? ¿No era más bien la mirada? ¿Y no habrá entornado los ojos porque la cegaba la luz? Todo esto ya es mucho más de lo que podría jurar ante un tribunal. ¿Y tiene alguna importancia? Sólo que si la he llamado una dama sin pensarlo es porque así lo considero. ¡Dios me libre de tener que dar una definición del concepto "dama"! Es algo que se advierte en un matiz indefinido, en la vestimenta, en el andar, en el acento o en cualquier otra cosa y con eso basta. Como ya dije, entra en el campo de lo posible encontrar alguna vez una dama en la *Taberna del puerto*, si bien no muy a menudo. Lamentablemente, son pocas las damas que pueden exhibirse en ese sitio sin entregar algo de sí. Pero todo esto es terriblemente intrascendente, como veremos en seguida.

Se dirigió a nosotros directamente. Nos habríamos embestido en el centro del vestíbulo. Por lo tanto, una de las partes tuvo que desviarse. Su vacilación fue apenas perceptible y E. también titubeó cuando la vio avanzar hacia él con la decisión propia de una niña. Luego nos detuvimos los tres. Miró a E. y sin preámbulos, más aún, sin la acostumbrada sonrisa, algo falsa, con la que las mujeres piden indulgencia cuando se dirigen a un desconocido, le habló con toda naturalidad, con una gravedad cautivante:

—Hace un momento los estuve escuchando —y al cabo de un brevísimo instante, como si hubiera meditado todo por última vez y sin apartar de mi amigo la mirada o pestañear siquiera, agregó—: Tú me gustas.

De inmediato me separé del grupo y seguí solo mi camino. Era por cierto lo mínimo que me exigía mi sentido de prudencia. ¿Después de esas palabras hubiera podido acaso quedarme allí como un holgazán? Sin embargo, para ser sincero, no lo hice todo de modo tan consciente como suena ahora. Mis piernas se movieron por sí solas, como si alguien las hubiese tocado con una fusta y les hubiera gritado: "—¡Fuera! ¡Aquí no tienen nada que hacer!". Fui hasta la puerta de la taberna y allí me di vuelta. No hubiera debido hacerlo, pues a partir de ese instante no pude seguir adelante. Quedé inmóvil, como hechizado. Hablar después de los hechos es fácil. Yo mismo sé que tal conducta no era correcta, pero todo se desarrollaba con una velocidad increíble.

Los dos estaban inmóviles uno frente al otro, dos figuras completamente aisladas de todo por la espantosa claridad sin sombras del recinto. Era una luz tan descarnada que lo dejaba a uno sin aliento. En algún lugar se oyó que se descorría una puerta plegadiza. Una ráfaga de viento bajó por la escalera pero la pareja no se inmutó. A todas luces se miraban a los ojos. No podía ver sus rostros, la dama me daba la espalda y a pesar de que era media cabeza más baja que E., lo cubría. Luego, después de un instante interminable, E. levantó los brazos con la mayor lentitud. El movimiento también tuvo un efecto intimidatorio por lo inesperado y porque no se sabía qué pretendía. Pensé que haría un ademán conjurador, y tal vez al principio tal fue su propósito. Sin embargo, resultó distinto. Le colocó las manos sobre los hombros, las manos muy grandes, pero debe haberlas posado con gran suavidad. Flotaron en el aire como dos torpes aves y se posaron sobre los hombros con la liviandad de una pluma. La mujer no se movió en lo más mínimo bajo la presión. Allí descansaron sencillamente sobre la tela oscura del vestido.

Luego siguió la declaración de amor, quiero decir las palabras, porque aquellas manos ya eran una declaración de amor. Capté cada una de las sílabas y tal vez esto sea lo extraño de todo el episodio. Hay que tener en cuenta que me encontraba a unos diez pasos de distancia y con toda seguridad E. no hablaba en voz alta. Cosas como ésas se dicen en voz baja. Creo más bien que el suyo debe haber sido un susurro perceptible. Además, de la penumbra de la taberna llegaba un ruido tremendo: música de acordeón, gritos y chillidos, tintineo de copas, rumor de sillas al moverse. Apenas era posible oír la propia voz. Pero evidentemente aquel tumulto, al igual que la violenta corriente de aire que entraba desde la calle eran incapaces de penetrar el silencio absoluto que rodeaba a los dos seres y yo también me encontraba dentro del círculo mágico.

—Madame—dijo E. Me resulta incomprensible su ocurrencia de dirigirse a ella en esa forma. La mujer no era francesa, ni nos encontrábamos en Francia. Sin embargo, ¿en qué otra fórmula más adecuada se podía pensar? ¡Con qué delicadeza pronunció ese "madame"! No tenía la menor idea de su aptitud para hacerlo. Como lo habría hecho un niño. Las dos "m", en especial, vibraron en el recinto con una efusión tal que sentí un escalofrío en la espalda.

—"Madame, no haga que iniciemos una relación de eso monstruoso que llaman amor. Lo hemos hecho así desde hace milenios y siempre nos ha llevado a una caída, aunque hayamos sido creados para levantarnos.

"¿No sería mejor tratar de aprovechar este milagro que nos hace encontrarnos a pesar de todo, y a hora tan avanzada, de un modo tan distinto para que el mundo no caiga en una total desesperación por nuestro renovado fracaso? Madame, usted ha visto algo que yo no soy, pero que podría ser y que por eso debería ser. No encuentro nombre para denominarlo, no logro percibirlo, y eso vuelve intranquila e incierta mi vida, porque sé que a veces eso está presente y que acaba de estar aquí. Se deslizó fugazmente por el espejo y lo sentí en la nostalgia que despertó en mí, lo cual me convirtió en esa imagen. Sus ojos son más claros, madame, y por momentos lo perciben realmente. Eso me devuelve la esperanza de ser aquello que usted quiere.

"Madame, yo la conjuro, no lo niegue en nombre de una emoción maternal que podría llevarla a tomarme entre sus brazos, pues no confío en mi fuerza de sobrellevar solo la pena por la inutilidad de mi añoranza. Conserve la imagen que tiene de mí para que no la arruine por impaciencia física y no me quede nada con lo cual compararme, porque algún día querré arrodillarme ante usted y llamarla ángel porque yo mismo me habré convertido en uno. Todo lo demás, Madame, lo tomaremos como gozado ya padecido. ¿Para qué repetirlo, verdad?"

Dicho esto, quitó las manos de los hombros de la dama y el hechizo se quebró. Me sentí más contento. Creí no poder soportarlo ya más. Temía que en cualquier momento pudiera suceder algo penoso, que él en efecto se arrodillara o qué sé yo, cualquier cosa insólita. Con E. uno siempre está en suspenso, aun cuando jamás ocurra nada.

Simplemente dejó plantada a la muchacha, o a la mujer, o a la dama, y vino hacia mí. En seguida nos sumergimos en el tumulto de la taberna. Juntos nos acercamos al mostrador y pedí otros dos guindados.

Sólo después de haber bebido volví en mí. Miré hacia atrás para ver si la mujer seguía afuera, pero no la divisé. El vestíbulo estaba del todo desierto y entonces sentí compasión. Si hubiera entrado en la taberna quizá hubiese ido a sentarme a la mesa de ella, a palmearle la mano y decirle:

—Bueno, bueno, no es tan grave. No es eso lo que él quiso decir—. Dadas las circunstancias, me habría enamorado de ella, al menos así lo había imaginado. ¿Se puede hablar tal como lo hizo E. y luego dejar sola a una mujer sin más ni más para que ella resuelva sola la situación?

Sí, y cuando menos lo pensaba me puse de su parte y sentí rabia hacia E.

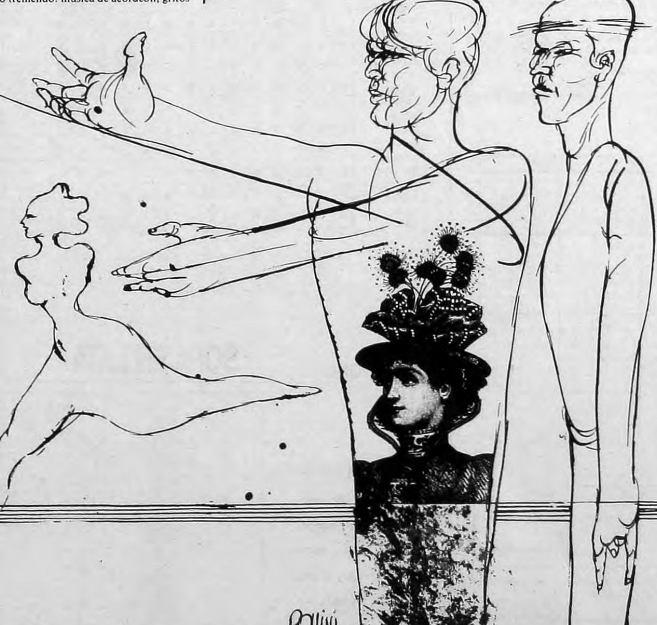
—¿La conocías? —le pregunté.

—No. ¿Por qué?

—No es posible decir semejante cosa a una desconocida.

—¿Desconocida? —me miró extrañado—. Vamos, ciertamente no se puede ser menos desconocido.

De inmediato pedimos otro guindado y a partir de entonces bebimos uno tras otro. A veces solemos apelar a ese tipo de recursos. Hay gente que lo considera pernicioso. Puede ser.



S.O.L SOSTENIDO EN LA COSTA

• En el Teatro Auditorium de Mar del Plata, sito en Rambla Casino, se presenta la obra teatral infantil **Pinocho, Pulgarcito en busca de la bella Durmiente**, de Cané-Covini, con la actuación de Eleonora Schawartz, Marcelo Trepat, Gustavo Gall, Gaby Minardi y Riki Martini. Las funciones se realizarán hasta el 12 de febrero, a las 19. Organizado por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible**. En el Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751. De martes a sábado a las 21.15 y 23.15.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Soda Stereo** presenta mañana su disco *Doble vida* en el Club Alianza de Necochea, ubicado en las calles 58 y 75.

• **¿Quién engañó a Roger Rabbit?** (1988), película dirigida por Robert Zemenick con la actuación de Bob Hoskins. En el cine Gran Mar de Mar del Plata, Salta 1545. A las 15, 16.55, 18.50, 20.50 y 23.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la pieza teatral **El Resucitado.** En el Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22 hs.

• La pieza teatral **Los mirasoles**, de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium, Rambla Casino, Mar del Plata, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• **Yepeto**, obra teatral escrita por Roberto Cossa, con dirección general de Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Morochos de Ñuyor**, de Raúl Ramos y Héctor Gióvine, protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata. De miércoles a lunes a las 22.

• El varieté de posguerra de **Gambas al ajillo** y el Metatango de **Omar Viola** podrán verse hoy a las 23. En Oliverio Mate Bar, Avenida 3 y Paseo 105, Villa Gesell.

• **La banda elástica** presenta su música de miércoles a domingo a las 22 hs. En el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, Colón y La Costa.

• **Teléfono medido**, la obra teatral de Beto Gianola e interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En el Teatro Re-Fa-Si 2 de Mar del Plata, Luro 2332.

• Concierto de la **Orquesta Sinfónica Municipal de Mar del Plata**, dirigida por Guillermo Becerra y por Atilio Stampone, como director invitado. Hoy, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en Rambla Casino, a las 21. Auspiciado por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, en conmemoración del aniversario del partido de Gral. Pueyrredón.

bargo, para ser sincero, no lo hice todo de modo tan consciente como suena ahora. Mis piernas se movieron por sí solas, como si alguien las hubiese tocado con una fusta y les hubiera gritado: "—¡Fuera! ¡Aquí no tienen nada que hacer!". Fui hasta la puerta de la taberna y allí me di vuelta. No hubiera debido hacerlo, pues a partir de ese instante no pude seguir adelante. Quedé inmóvil, como hechizado. Hablar después de los hechos es fácil. Yo mismo sé que tal conducta no era correcta, pero todo se desarrollaba con una velocidad increíble.

Los dos estaban inmóviles uno frente al otro, dos figuras completamente aisladas de todo por la espantosa claridad sin sombras del recinto. Era una luz tan descarnada que lo dejaba a uno sin aliento. En algún lugar se oyó que se descorría una puerta plegadiza. Una ráfaga de viento bajó por la escalera pero la pareja no se inmutó. A todas luces se miraban a los ojos. No podía ver sus rostros, la dama me daba la espalda y a pesar de que era media cabeza más baja que E., lo cubría. Luego, después de un instante interminable, E. levantó los brazos con la mayor lentitud. El movimiento también tuvo un efecto intimidatorio por lo inesperado y porque no se sabía qué pretendía. Pensé que haría un ademán conjurador, y tal vez al principio tal fue su propósito. Sin embargo, resultó distinto. Le colocó las manos sobre los hombros, las manos muy grandes, pero debe haberlas posado con gran suavidad. Flotaron en el aire como dos torpes aves y se posaron sobre los hombros con la liviandad de una pluma. La mujer no se movió en lo más mínimo bajo la presión. Allí descansaron sencillamente sobre la tela oscura del vestido.

Luego siguió la declaración de amor, quiero decir las palabras, porque aquellas manos ya eran una declaración de amor. Capté cada una de las sílabas y tal vez esto sea lo extraño de todo el episodio. Hay que tener en cuenta que me encontraba a unos diez pasos de distancia y con toda seguridad E. no hablaba en voz alta. Cosas como ésas se dicen en voz baja. Creo más bien que el suyo debe haber sido un susurro perceptible. Además, de la penumbra de la taberna llegaba un ruido tremendo: música de acordeón, gritos y chillidos, tintineo de copas, rumor de sillas al moverse. Apenas era posible oír la propia voz. Pero evidentemente aquel tumulto, al igual que la violenta corriente de aire que entraba desde la calle eran incapaces de penetrar el silencio absoluto que rodeaba a los dos seres y yo también me encontraba dentro del círculo mágico.

—Madame—dijo E. Me resulta incomprensible su ocurrencia de dirigirse a ella en esa forma. La mujer no era francesa, ni nos encontrábamos en Francia. Sin embargo, ¿en qué otra fórmula más adecuada se podía pensar? ¡Con qué delicadeza pronunció ese "madame"! No tenía la menor idea de su aptitud para hacerlo. Como lo habría hecho un niño. Las dos "m", en especial, vibraron en el recinto con una efusión tal que sentí un escalofrío en la espalda.

—"Madame, no haga que iniciemos una relación de eso monstruoso que llaman amor. Lo hemos hecho así desde hace milenios y siempre nos ha llevado a una caída, aunque hayamos sido creados para levantarnos.

"¿No sería mejor tratar de aprovechar este milagro que nos hace encontrarnos a pesar de todo, y a hora tan avanzada, de un modo tan distinto para que el mundo no caiga en una total desesperación por nuestro renovado fracaso? Madame, usted ha visto algo que yo no soy, pero que podría ser y que por eso debería ser. No encuentro nombre para denominarlo, no logro percibirlo, y eso vuelve intranquila e incierta mi vida, porque sé que a veces eso está presente y que acaba de estar aquí. Se deslizó fugazmente por el espejo y lo sentí en la nostalgia que despertó en mí, lo cual me convirtió en esa imagen. Sus ojos son más claros, madame, y por momentos lo perciben realmente. Eso me devuelve la esperanza de ser aquello que usted quiere.

"Madame, yo la conjuro, no lo niegue en nombre de una emoción maternal que podría llevarla a tomarme entre sus brazos, pues no confío en mi fuerza de sobrellevar solo la pena por la inutilidad de mi añoranza. Conserve la imagen que tiene de mí para que no la arruine por impaciencia física y no me quede nada con lo cual compararme, porque algún día querré arrodillarme ante usted y llamarla ángel porque yo mismo me habré convertido en uno. Todo lo demás, Madame, lo tomaremos como gozado ya padecido. ¿Para qué repetirlo, verdad?"

Dicho esto, quitó las manos de los hombros de la dama y el hechizo se quebró. Me sentí más contento. Creí no poder soportarlo ya más. Temía que en cualquier momento pudiera suceder algo penoso, que él en efecto se arrodillara o qué sé yo, cualquier cosa insólita. Con E. uno siempre está en suspenso, aun cuando jamás ocurra nada.

Simplemente dejó plantada a la muchacha, o a la mujer, o a la dama, y vino hacia mí. En seguida nos sumergimos en el tumulto de la taberna. Juntos nos acercamos al mostrador y pedí otros dos guindados.

Sólo después de haber bebido volví en mí. Miré hacia atrás para ver si la mujer seguía afuera, pero no la divisé. El vestíbulo estaba del todo desierto y entonces sentí compasión. Si hubiera entrado en la taberna quizá hubiese ido a sentarme a la mesa de ella, a palmearle la mano y decirle:

—Bueno, bueno, no es tan grave. No es eso lo que él quiso decir—. Dadas las circunstancias, me habría enamorado de ella, al menos así lo había imaginado. ¿Se puede hablar tal como lo hizo E. y luego dejar sola a una mujer sin más ni más para que ella resuelva sola la situación?

Si, y cuando menos lo pensaba me puse de su parte y sentí rabia hacia E.

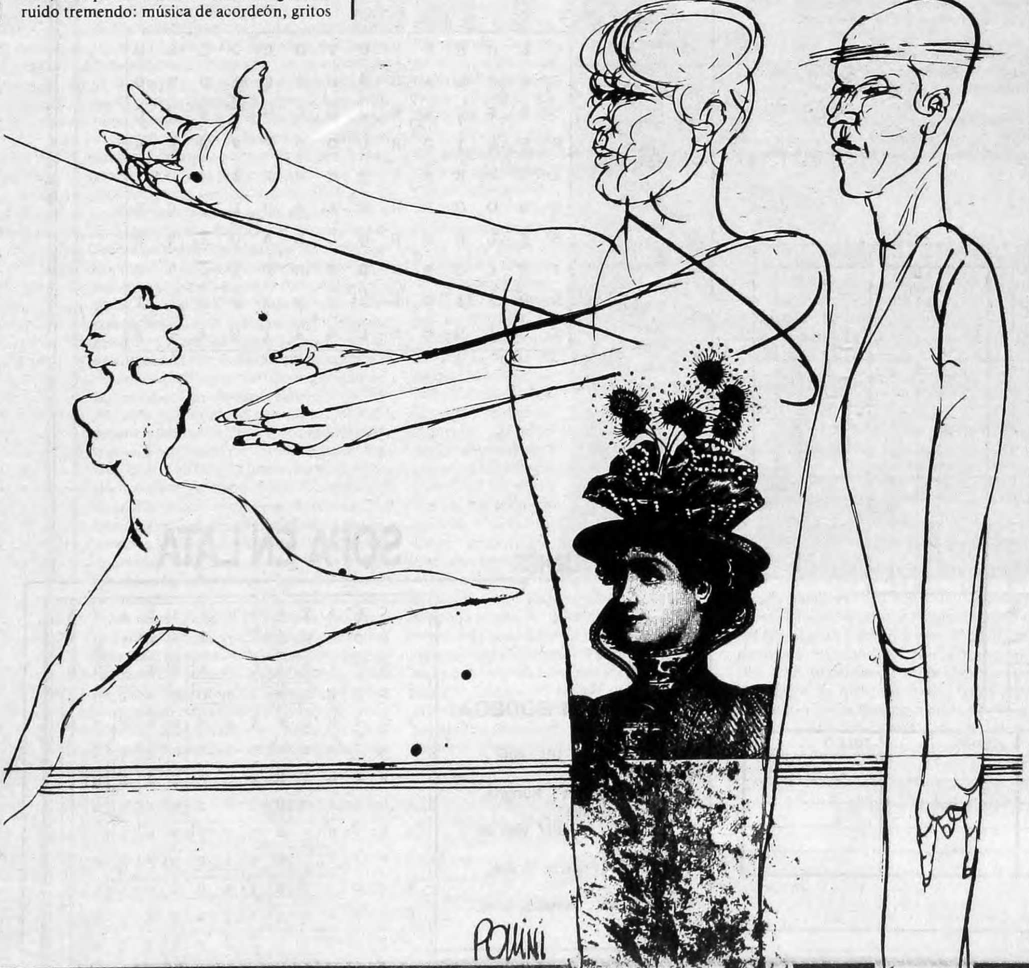
—¿La conocías? —le pregunté.

—No. ¿Por qué?

—No es posible decir semejante cosa a una desconocida.

—¿Desconocida? —me miró extrañado—. Vamos, ciertamente no se puede ser menos desconocido.

De inmediato pedimos otro guindado y a partir de entonces bebimos uno tras otro. A veces solemos apelar a ese tipo de recursos. Hay gente que lo considera pernicioso. Puede ser.



S.O.L
SOSTENIDO EN LA COSTA

• En el Teatro Auditorium de Mar del Plata, sito en Rambla Casino, se presenta la obra teatral infantil **Pinocho, Pulgarcito en busca de la bella Durmiente**, de Cané-Covini, con la actuación de Eleonora Schawartz, Marcelo Trepat, Gustavo Gall, Gaby Minardi y Riki Martini. Las funciones se realizarán hasta el 12 de febrero, a las 19. Organizado por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible**. En el Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751. De martes a sábado a las 21.15 y 23.15.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Soda Stereo** presenta mañana su disco *Doble vida* en el Club Alianza de Necochea, ubicado en las calles 58 y 75.

• **¿Quién engañó a Roger Rabbit?** (1988), película dirigida por Robert Zemenick con la actuación de Bob Hoskins. En el cine Gran Mar de Mar del Plata, Salta 1545. A las 15, 16.55, 18.50, 20.50 y 23.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la pieza teatral **El Resucitado.** En el Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22 hs.

• La pieza teatral **Los mirasoles**, de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium, Rambla Casino, Mar del Plata, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• **Yepeto**, obra teatral escrita por Roberto Cossa, con dirección general de Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Morochos de Ñuyor**, de Raúl Ramos y Héctor Gióvine, protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata. De miércoles a lunes a las 22.

• El varieté de posguerra de **Gambas al ajillo** y el Metatango de **Omar Viola** podrán verse hoy a las 23. En Oliverio Mate Bar, Avenida 3 y Paseo 105, Villa Gesell.

• **La banda elástica** presenta su música de miércoles a domingo a las 22 hs. En el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, Colón y La Costa.

• **Teléfono medido**, la obra teatral de Beto Gianola e interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En el Teatro Re-Fa-Si 2 de Mar del Plata, Luro 2332.

• Concierto de la **Orquesta Sinfónica Municipal de Mar del Plata**, dirigida por Guillermo Becerra y por Atilio Stampone, como director invitado. Hoy, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en Rambla Casino, a las 21. Auspiciado por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, en conmemoración del aniversario del partido de Gral. Pueyrredón.







Gentileza Editorial De la Flor







JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Caballos ganadores

Los caballos ganadores de varios grandes premios, de 2000 metros, corrieron montados cada uno por un jockey distinto y marcaron también tiempos distintos. Descubra cómo se relacionan los datos a partir de las pistas que le ofrecemos.

1. Bala obtuvo mejor tiempo que Benjamín, pero peor que Little Plus.
2. Acosta corrió el Gran Premio Soberano. Hizo 4 segundos más que Zavaleta.
3. Ernie fue montado por González en el Gran Premio Raices .
4. En el Gran Premio República de Chile, Villalba obtuvo el mejor de todos los tiempos, pero no con Red Boy.
5. Aguirre marcó 2'58'', pero no en el Gran Premio Yatasto.
6. Benjamín no fue el que hizo el mayor tiempo.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		GRAN PREMIO					JOCKEY					TIEMPO				
		Orion	Raices	Rep. Chile	Soberano	Yatasto	Acosta	Aguirre	González	Villalba	Zavaleta	2'56''	2'58''	3'00''	3'02''	3'04''
CABALLO	Bala															
	Benjamín															
	Ernie															
	Little Plus															
	Red Boy															
TIEMPO	2'56''															
	2'58''															
	3'00''															
	3'02''															
	3'04''															
JOCKEY	Acosta															
	Aguirre															
	González															
	Villalba															
	Zavaleta															

CABALLO	GRAN PREMIO	JOCKEY	TIEMPO

SOPA ARBOREA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ABETO
ACACIA
ALAMO
ALCORNOQUE
CASTAÑO
CEDRO
CIPRES
CIRUELO
ENEBRO
HAYA
LAUREL
LIMONERO
MANZANO
MELOCOTONERO
NISPERO
OLIVO
PINO
ROBLE

C	E	O	R	E	N	O	T	O	C	O	L	E	M
C	A	C	L	A	U	C	O	L	C	I	O	E	O
O	B	S	O	E	E	Q	H	L	M	O	T	O	O
R	E	L	T	D	R	L	O	O	P	V	R	M	L
E	T	R	R	A	O	U	N	N	R	I	A	O	I
P	O	O	O	R	Ñ	E	A	A	R	L	N	C	E
S	E	L	B	O	R	O	C	L	A	O	T	O	H
I	N	E	O	O	N	S	E	R	P	I	C	T	A
N	N	A	I	O	N	A	Z	N	A	M	U	L	Y
E	C	I	R	U	E	L	O	A	I	C	A	C	A

SOLUCIONES

SOLUCION BODEGA SURTIDA

"Angélica", EE.UU., vino fortificado, oro.
"Barack Palinka", Hungría, brandy, naranja.
"Buzbag", Turquía, vino de mesa, rojo.
"Orgeat", Francia, jarabe, gris.
"Tía María", Jamaica, licor, marrón.

SOPA EN LATA

A	C	E	I	T	E	S	P	F	A	B	A	D	A
C	M	O	R	R	O	S	D	A	R	L	T	U	A
E	S	P	I	N	A	C	A	S	E	E	S	Ñ	U
I	E	R	B	O	N	I	T	O	N	N	I	H	S
T	I	J	H	O	D	E	P	U	Q	P	P	T	E
V	A	C	A	L	L	O	S	C	U	A	E	S	N
N	N	B	R	O	N	M	A	R	E	I	L	O	O
A	L	C	A	C	H	O	F	A	S	C	O	C	T
S	E	T	N	A	S	I	U	G	V	N	T	S	O
O	N	Y	T	O	M	A	T	E	S	P	A	E	C
U	T	O	P	I	M	I	E	N	T	O	S	R	O
C	O	B	A	R	D	A	E	D	E	L	O	F	L
S	E	N	O	L	L	I	J	E	M	S	C	E	E
E	S	P	A	R	R	A	G	O	S	O	J	R	M